

## 6 LA RESPUESTA DEL HOMBRE

Los argumentos "metafísicos" de la existencia de Dios, son válidos, pero hay personas, aun muy cultas, para quienes tales razonamientos no tienen fuerza alguna. Pasa algo semejante a lo que sucede con las matemáticas. Ninguno que esté en su sano juicio pone en duda la validez de los razonamientos matemáticos, aunque sean pocos los que puedan seguirlos más allá de cierto punto.

Es verdad que no existe una experiencia religiosa, relativamente fácil de reproducir a gusto de cada uno, como sí existe una experiencia física que verifica los resultados de las matemáticas. Pero, se dan muchos otros "*camino*s" a través de los cuales puede el hombre ser conducido también a un descubrimiento indiscutible de Dios. Quienes no han tenido jamás una experiencia personal de tal encuentro, no pueden legítimamente negar su posibilidad y validez.

Estas son las llamadas "*vías*" *morales* de la existencia de Dios. Hay, en efecto, incrustadas en lo más vivo de la naturaleza humana, en la inteligencia y en el corazón, tales exigencias de verdad, de belleza, de justicia, de amor, de felicidad -insatisfechas aquí en la Tierra-, que son como la marca de fábrica de un Ser, Fuente de Verdad, de Belleza, de Justicia y de Amor Infinito. El varón y la mujer aspiran a conocer este Ser que está en el origen de todo y tienden con fuerza hacia El, sin ser siempre plenamente conscientes de tal búsqueda.

### 1. La Belleza y la Verdad

- En general, todo hombre conoce la nostalgia de la *Belleza* perfecta. Las grandes obras maestras de la escultura, pintura, música y de la literatura, pueden en verdad dilatar su alma, pero nunca la llenan.

No es una fórmula banal la que dice que la belleza del mundo comunica, en ciertos momentos, una impresión verdaderamente religiosa. Según el filósofo Platón, habría en nuestra alma como una memoria latente de una contemplación de la Belleza eternal, que habría conocido sin intermediario, antes de ser sumergida en el mundo material. Cuando algo de este mundo le parece

bello, se debe a que ha despertado en ella, por un reflejo misterioso que le está como incorporado, el recuerdo y la nostalgia de aquella visión perdida.

Sin caer en la suposición mitológica de una preexistencia del alma, que sugiere dicha teoría platónica de la reminiscencia, podemos sin embargo, admitir que una cierta experiencia de lo Bello -cuando alcanza un suficiente grado de pureza y de intensidad- abre el alma a una percepción de un *más allá*.

La Belleza eterna que es Dios, se trasparenta en la apariencia bella de este mundo. De aquí que la poesía -sin confundirse con la plegaria-, suele ser para muchos como una auténtica ruta de experiencias estéticas hacia Dios.

"Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura,  
vestidos los dejó de su hermosura".

(San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*).

- Todo hombre experimenta una sed de *Verdad inalterable*.

Para autores modernos, como lo fue para San Agustín<sup>2</sup> el hecho de que existan verdades eternas, es decir, verdades sustraídas a todas las vicisitudes del espacio y del tiempo, no se explica sin la existencia de una Verdad absoluta y subsistente, fundamento último de toda verdad.

Por ello, cada vez que nuestro espíritu va en busca de una verdad, busca y afirma la Pura Verdad. La misma afirmación como verdad, de que "Dios no existe", hecha por los ateos, implicaría la afirmación de la existencia de Dios, Verdad absoluta.

Dicho de otro modo, toda afirmación de la verdad de una cosa, implica la afirmación de un absoluto de la verdad. Absoluto de la verdad, como también de la belleza, que no es sino la infinita Realidad de Dios.

## 2. La felicidad

El corazón humano experimenta asimismo un deseo loco de amor, de felicidad. Sus aspiraciones nunca llegan a ser satisfechas. Sólo un Bien Infinito lo podría colmar.

San Agustín ha mostrado bellamente cómo la búsqueda de felicidad -si es suficientemente noble y exigente-, debe desembocar en el descubrimiento de Dios.

Todo hombre busca la felicidad: es el fin clara u oscuramente entrevisto de todos sus esfuerzos. Sin embargo, todos los bienes que este mundo ofrece, lo desengañan. O escapan a su búsqueda; o una vez obtenidos, los viene a perder; o si no los pierde, sufre con su posesión el más doloroso desengaño: el bien poseído deja el alma con hambre.

En estas condiciones no quedan sino dos hipótesis: o nuestra naturaleza es un contrasentido, -lo que no puede pensarse seriamente- o existe un Bien, único que satisface, único inmutable, para el cual hemos sido hechos. Pero tal Bien debe ser de infinita perfección: ¡DIOS!

"Aspiraciones infinitas nos inquietan sin descanso, más profundas en nosotros que todos los deseos empíricos, y nada **en** este mundo podrá satisfacerlas jamás. Todo aquí abajo nos constriñe. El tiempo nos devora y nos falta el Ser en quien nosotros anhelamos afianzarnos. . . No hay otra idea fuera de Dios, para explicar una moción tan poderosamente realizadora. Vivir es, pues, creer en Dios. Y conocerlo es tomar conciencia de lo que entraña el hecho de vivir una vida humana" <sup>3</sup>.

- El hecho gigantesco y mundial del *magnetismo terrestre*, demuestra evidentemente que existe -exterior a las agujas imantadas-, un foco de atracción y que ese polo magnético es una realidad gigantesca y mundial. Asimismo el hecho gigantesco y universal de los corazones humanos, ávidos de dicha y atraídos por la felicidad, demuestra con evidencia que -fuera de las almas- existe la Felicidad y que ella es una perfecta Realidad, un Bien infinito.

- Así como toda *marea* denuncia más allá de las nubes, la presencia de un astro vencedor, así la incesante marea de los corazones arguye, la existencia de un Bien supremo que atrae desde arriba.

¡Detrás, por lo mismo, de cada objeto que apetecemos o persona que amamos, se oculta Dios, Bien estable y perfecto, Imán de los corazones!

*"El corazón del hombre recibió en un principio un flechazo que procedía del Infinito. Nadie curará esta herida sino Aquel **que la causó**"* (Mgr. D'Hulst).

### 3. El deber moral

Newman ha sabido expresar, mejor que ningún otro, cómo la otra cara de la experiencia moral nos descubre a Dios, de manera a la vez sencilla y lúcida.

*"Soy católico en fuerza de mi creencia en Dios; y si se me pregunta por qué creo en Dios, respondo que se debe a que yo creo en mí mismo: porque siento que es imposible creer en mi propia existencia (y yo estoy completamente seguro de este hecho) sin creer también en la existencia de El, quien vive en mi conciencia como un Ser personal, que todo lo ve, que todo lo juzga"<sup>4</sup>.*

El carácter absoluto de la *obligación moral*, que obliga a nuestra conciencia, nos lleva a descubrir por sobre nuestra misma conciencia, Uno mayor que nosotros, que nos habla y está permanentemente en lo más hondo de nosotros mismos. Ese es DIOS: ¡Aquel que habla a nuestra conciencia con tan singular intimidad e ineluctable autoridad!

"Esa ley de conciencia no es fabricación mía, se impone a mí aun a pesar de mi voluntad [...] Tampoco procede de la sociedad que es tan solo un intérprete de la ley de la conciencia y no su autor. Las leyes humanas pueden explicarla y sancionarla, pero no la crean. La aprobación o desaprobación de la sociedad no creó lo justo y lo injusto, lo recto y lo indebido de mi conciencia, porque a veces la conciencia nos prohíbe secundar las leyes de la sociedad, cuando, por ejemplo, son contrarias a las leyes de Dios, tal el caso de los mártires que dieron su vida por la Fe.

Por tanto, si la voz de ese interno Sinaí de la conciencia no procede de mí, ni de la sociedad, y si es universal en sus sugerencias y expresiones, de modo tal que ninguna criatura moral puede sacudirla enteramente de sí, entonces necesariamente más allá de esa ley hay un Legislador, y detrás de esa ley hay una Persona, y detrás de ese mandamiento hay un Poder, que es Dios.

De este modo, el examen de mi conciencia y de su triple papel, me obliga, me fuerza a concluir en que exactamente como la vista corresponde a las cosas visibles, el oído a las cosas audibles, la razón a las cosas inteligibles, así también la ley de mi conciencia tiene que corresponder a un Poder que legisla, el testimonio de mi conciencia tiene que corresponder a una Rectitud que ejecuta, la alabanza o vituperio de mi conciencia tiene que corresponder a una Justicia que juzga.

Puesto que el Poder y la Rectitud y la Justicia corresponden a atributos esenciales de una persona, debo concluir que esa Persona Poderosa es Inteligente a fin de legislar. Omnisciente a fin de aplicar rectamente, Suprema y Poderosa a fin de poder juzgar. Ese Poder Sabiente, esa Rectitud Omnisciente, esa Justicia Suprema es DIOS ante quien inclino mi frente reverente" (5).

#### **4. La experiencia mística**

Hay un hecho, cuya importancia no se puede minimizar. A lo largo de toda la historia de la humanidad, en el Oriente como en el Occidente, encontramos una galaxia de personalidades luminosas, todas las cuales dan testimonio de una misma experiencia.

Son muchas las diferencias entre ellos. Sus razas, sus culturas, sus ambientes, sus condiciones sociales y también sus creencias y sistemas filosóficos, los distinguen y aun los contraponen. Todo, menos la tranquila afirmación común de que *ellos conocen a Dios*, de que lo han descubierto en una experiencia íntima, indecible. Esta experiencia que es para ellos mismos oscura y misteriosa, ha transfigurado su vida y su visión del mundo y, sobre todo, ha comprobado para ellos la existencia de Dios con tal evidencia, que no les deja lugar a duda.

La afirmación clara y precisa de esta experiencia la hallamos en un griego del siglo II, Plotino, así como en un hindú de la alta edad media: Sancara. Un árabe musulmán del siglo XI, Al Hallaj, la describe como también un español cristiano del siglo XVI, San Juan de la Cruz. Más cerca de nosotros, la experiencia reaparece en India con un Ramakrishna o un Vivekananda. Un banquero alemán del siglo XX, Jaegen, parece haberla experimentado como la experimentó una carmelita castellana del siglo XVI, Santa Teresa de Ávila.

No se puede recusar este testimonio con la fácil salida de que todos ellos son unos impostores o unos "iluminados", es decir, casos patológicos. Un análisis muy crítico de sus vidas y psicologías, obliga a reconocer en ellos personalidades equilibradas, realistas, de muy buen sentido: conciencias no sólo delicadas, sino verdaderas cumbres de moralidad, espíritus lúcidos, despreciadores de visiones y fenómenos anormales muy exigentes respecto de sus propias experiencias místicas.

Poner, por otra parte, en duda sus experiencias so pretexto de que no pueden ser vividas por todos, sería como pretender negar las grandes afirmaciones de la ciencia, porque no todos podemos repetir los experimentos de los sabios.

Como dice un estudioso de estos fenómenos:

"Cuanto más se fija uno en estos testimonios y más se los medita, tanto más se convence de que si *nosotros* no vemos, se debe a que los ojos espirituales están en nosotros atrofiados o no han sido nunca desarrollados. Pero negar, por esto, que otros hayan *visto* sería caer en el error de los ciegos que negaran que otros pueden ver, simplemente porque ellos no han visto la luz" <sup>6</sup>.

## 5. El odio de los ateos

¡Bástenos por ahora advertir que los mismos ateos militantes de hoy *toman muy en serio a Dios*. El marxismo no ha creado una formidable armada de "anti-Dios" para luchar contra *Nadie*. Si no existe Dios, ¿por qué mostrarle el puño? ¡Jamás se lanzan ataques a un fantasma del que está uno convencido que no existe: la lucha se dirige siempre contra *Alguien!*

¡No sería extraño que los militantes ateos de nuestro tiempo estén más convencidos de la existencia de su Adversario (Dios), que muchos de los que se dicen creyentes! Los comunistas ateos podrían dar hoy la misma respuesta que daba Nicias en Los *Caballeros* de Aristófanes:

"Nicias, ¿crees tú que existe Dios? —¡Ciertamente!

¿Y qué prueba tienes tú? —¡La prueba de que lo odio!"

\_\_\_\_NOTAS\_\_\_\_\_

1. L. LAVELLE, *De L'Acte*, París, 1937, pp. 163-216; J. LACHE-LIER; J. LAGNEAÛ y otros.
2. Ver *Soliloquios* I, c. 15, N<sup>o</sup> 29; *De la verdadera religión*, pp. 30-32.
3. EDOUARD LE ROY, *Le Problème de Dieu*, Paris 1929, pp. 149-150.
4. H. NEWMAN, *Apología pro vita sua*, p. 198.
5. Fulton J. SHEEN, *La vida merece vivirse*, pp. 99-100.
6. L. BOUYER, *Initiation Chrétienne*, París, 1958, p. 43.